



EL DESPERTAR
DE FRANZ

JC Peralejo Serrano

EL DESPERTAR DE FRANZ



Primera edición: mayo de 2025

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© JC Peralejo Serrano

ISBN: 978-84-128762-6-0

ISBN digital: 978-84-128762-7-7

Depósito legal: M-11015-2025

Real Noir Ediciones

C/ Luis Vives 9

28002 Madrid

info@realnoirediciones.com

www.realnoirediciones.com

Impreso en España

*A Sara, Eva,
Dafne y Víctor*

Real Noir es una colección dedicada *in memoriam*
a Paco Camarasa y Claude Mesplède,
amantes incondicionales de la novela negra

ÍNDICE

I AMANECER EN VIENA	13
II PRIMER ENCUENTRO	19
III CON Y SIN ROPA	27
IV EL PACIENTE IMAGINARIO.....	35
V SOBRE CREENCIAS.....	43
VI DESCUBRIENDO LA SENSUALIDAD.....	51
VII DE LA <i>RES PUBLICA</i>	59
VIII PROVOCANDO EL DESEO	67
IX CAFÉ Y VENGANZA.....	73
X DE FRANZ A HERMANN.....	79
XI BAUTISMO LABORAL.....	89
XII CONFLICTO DE IDENTIDAD	95
XIII EN BUSCA DE ALIADOS.....	105
XIV EL BANQUETE.....	119
XV EN EL FORO	127
XVI EN DEFENSA DEL AMOR.....	141
XVII AMANECER EN EL REFUGIO ALPINO.....	151
EPÍLOGO.....	157
NOTA DEL EDITOR.....	161

«Despertar es el momento más arriesgado del día»

FRANZ KAFKA

I

AMANECER EN VIENA

Franz despertó transformado en un confuso, entumecido y sudoroso ser humano. Reconoció el familiar territorio del suelo de la cocina, sobre el que se hallaba tendido ocupando mucho más espacio del que recordaba.

Experimentó un calor sofocante que dificultaba su respiración y le hacía rezumar un sudor repugnante por cada poro de su cuerpo nuevo, ajeno y propio a la vez.

Sus últimas vivencias habían tenido como escenario esa misma cocina y parecían recientes, como si solo hubieran pasado unas horas desde que corría a su libre albedrío por rincones oscuros, trepaba paredes verticales o se daba un banquete con los abundantes restos de comida que hallaba por todas partes.

Añoró sus largas antenas, que tantos obstáculos le habían permitido evitar y que de tantos peligros lo habían salvado. También extrañó sus seis filamentosas patas y su alargado y sólido caparazón.

Y sus mandíbulas.

Dentro de ese cuerpo húmedo y enorme, lo que más echaba de menos eran sus poderosas mandíbulas, a las que ningún alimento, fresco y blando, o reseco y duro, se había resistido jamás.

Eso le había valido cierto reconocimiento en la colonia local de cucarachas, sobre todo en las épocas en que la limpieza despiadada de la casa, sumada al uso de insecticidas, la redujeron al mínimo y había que sobrevivir con lo poco, muy poco, que encontraban. Pero la colonia guardaba una memoria ancestral, transmitida de generación en generación, que hablaba de tiempos prósperos, en los que el piso era un vergel de restos de comida por todas partes y la vida un banquete permanente y casi obsceno.

Fue esa memoria la que sostuvo a la colonia cuando a las plagas menores se sumó la definitiva: la fumigación. Los pocos que sobrevivieron, aprendieron a contar el tiempo en A.F. y D.F. (Antes y Después de la Fumigación).

Y así, a medida que el D.F. fue avanzando, ese evento temible quedó atrás y sobrevino una época de abundancia de sustento y falta de limpieza en la vivienda, que hizo crecer en progresión geométrica la población de la colonia y aunque había más alimentos, también había más competencia para obtenerlos.

Se organizaron grupos, pero Franz siempre fue un cazador solitario, quizás porque en su fuero interno se sentía distinto del resto de sus correderas vecinas.

No mejor.

Distinto.

«Ahora sí que me siento diferente a los demás», pensó Franz.

Tendido boca arriba, cansado y dolorido, intentaba en vano incorporarse y buscar cobijo.

Tenía que hallar refugio antes del amanecer.

Como todos los de su especie, sabía que la luz del día multiplicaba las posibilidades de una muerte violenta. Su

instinto lo urgía a esconderse, pero una sensación nueva recorría su interior, una mezcla de curiosidad y de gozo ante la cálida luminosidad del alba que asomaba.

A lo lejos divisó a algún camarada que, siguiendo su código genético, se apresuraba a esconderse.

Y Franz comprendió que no lo había percibido usando sus diminutos ojos compuestos.

Por primera vez en su vida estaba disfrutando de una visión precisa, que iba incrementándose a medida que avanzaba la claridad. Sus ojos podían percibir los detalles con una nitidez desconocida.

Volvió a intentar mover su nuevo cuerpo y poco a poco lo fue consiguiendo, aunque acabó girándose por completo y quedó boca abajo.

Pronto descubrió que reptar no era el medio más adecuado para desplazarse, pesaba demasiado y, además, esas dos únicas y robustas patas traseras le sugerían que quizás podrían sostenerlo.

Lo logró al tercer intento, solo para descubrir que ponerse de pie no era tan arduo como mantener la vertical: la distancia hasta el suelo embaldosado se le antojaba mortal, aunque se habituó en pocos minutos, maravillado por las ventajas de ser un gigante.

Continuó experimentando, ahora con las extremidades superiores, y al cabo de poco tiempo caminaba con soltura e iba tomando las medidas de hasta dónde era capaz de llegar, de lo que podía y no podía hacer.

A la tercera caída le quedó claro que lo de subirse por las paredes y techos se había acabado.

Pero casi no sintió pena por ello, maravillado por la perfección de su nueva estructura. También descubrió un

sentido contradictorio: el olfato, que lo mismo lo sumía en éxtasis ante un embriagador aroma, que le revolvía el estómago a causa del hedor de sus propias emanaciones, al que, no obstante, se fue habituando con celeridad.

Hizo rápido balance de su nueva condición comparada con la antigua y llegó a la conclusión de que el saldo era positivo.

Tanto esfuerzo despertó su apetito y, siguiendo la costumbre, se dirigió hacia sus fuentes habituales de alimento. Pero los restos desperdigados por el suelo, así como los apilados en la basura, le produjeron arcadas y conatos de vómito. Era evidente que sus hábitos alimenticios deberían también adaptarse a la nueva situación.

Escudriñó armarios y despensa, hasta llegar frente al misterioso artefacto que presidía la estancia, impoluto en su color blanco y sus embellecedores metálicos. En su vida anterior era algo vetado y frío, de lo que había que mantenerse alejado.

Ahora se mostraba tentador.

No dudó en abrir la puerta y tras un ligero mareo provocado por la superposición de deliciosos manjares, pasó a probarlos todos: desde Wiener Schnitzels y Bratwursts hasta un considerable pedazo de Sachertorte, pasando por un especiado Liptauer.

Saciado el apetito, sintió un agudo sopor y la necesidad de descargarse de su posición vertical por un rato. Pero si antes las superficies duras le aportaban seguridad y reposo, ahora necesitaba encontrar algo blando sobre lo que relajar su nueva estructura flácida.

Pasó a la sala de estar y allí descubrió un amplio y mullido canapé sobre el que se derrumbó sonriendo.

No tardó en caer en un profundo sueño.

Mientras tanto, un grupo de sus ex congéneres abandonaba la zona de seguridad y corrían a dar cuenta de los restos esparcidos frente a la entreabierta puerta de la nevera.

